

¿QUIÉN ESCRIBIÓ *EL QUIJOTE*?

Por FRANCISCO AGUILAR PIÑAL

*A la memoria del gran cervantista
Francisco López Estrada, maestro y amigo.*

Esta inquietante pregunta es, desde luego, una provocación, pero hay una duda razonable sobre su autoría que se ha mantenido soterrada, sobre todo cuando se estudia el texto de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* bajo el prisma biográfico del autor. Desde la primera impresión de la portada de la maravillosa novela, una prueba de 1604 (cuya copia conservo), figura como autor (“Compuesto por”) Miguel de Cervantes Saavedra. Y así ha continuado en las innumerables ediciones que siguieron a la primera parte de 1605, y a la segunda de 1615, dentro y fuera de España, ya en original castellano, ya traducida. El nombre de Cervantes va unido indisolublemente al *Quijote*, como autor de sus dos partes, según todos los datos conocidos, aunque su biografía presenta lagunas y hechos ciertos que pueden contradecir su autoría. Ante una atribución tan admitida durante siglos parece una insensatez plantearse siquiera la duda, por muy razonable que pueda parecer. Las razones que abonan esa duda son, sin embargo, lo suficientemente pertinaces como para ser planteadas y discutidas de nuevo por cualquier lector de la novela cervantina.

Me enorgullece decir que he leído tres veces la novela completa y estoy dispuesto a comenzar una cuarta, simplemen-

te por el placer de su lectura. Estuve entre los fundadores de la Asociación de Cervantistas y tengo varios estudios sobre el *Quijote*, lo cual me autoriza a reflexionar sobre si Cervantes pudo, o no, ser el autor auténtico de la principal obra de la literatura española. Ya se ha discutido sobre la posibilidad de que detrás de Shakespeare se escondiera el verdadero autor de sus obras. Lo mismo ocurre en el caso de Cervantes, aunque las dudas no pasan aquí de meras suposiciones, pero quiero plantearlas, para descargo de mi conciencia crítica, en esta Real Academia cuyo cervantismo ha sido siempre apasionado y ejemplar, desde sus comienzos, como yo mismo he estudiado en un amplio capítulo de la tercera serie de mis *Temas sevillanos*.

Sin entrar en polémica erudita con nadie, me parece discutible que, sin réplica, se tenga por autor del *Quijote* a un personaje histórico tan alejado de la tranquilidad del estudio y del reposo necesarios para pergeñar y redactar un texto repleto de alusiones literarias, humanísticas y geográficas. Nacido en Alcalá de Henares, ciudad universitaria entonces, de mayor población que Madrid, al cumplir los tres años su familia se traslada a Valladolid, donde su padre, cargado de deudas, es embargado y encarcelado. Por poco tiempo, porque enseguida los Cervantes se marchan a Córdoba, donde la familia vive durante diez años (1553-1563), y después a Sevilla, al entorno de San Miguel, muy cerca del colegio jesuita de San Hermenegildo, donde algunos suponen que el joven Miguel siguió los estudios de latinidad. Sin embargo, teniendo presente la escasa economía familiar, al hispanista Jean Canavaggio, cuya biografía de Cervantes se cuenta entre las mejores, le “cuesta imaginar al feligrés de San Miguel enviando a uno de sus seis hijos a los bancos frecuentados por la elite de la juventud local”.

En su adolescencia y juventud Miguel de Cervantes, si es que siguió la estela paterna, se traslada a diversas ciudades españolas: Alcalá, Córdoba, otra vez Alcalá, de nuevo Córdoba, y por fin Sevilla. Cambios de domicilio, de amigos y de tranquilidad, sin posibilidad de acceso a una biblioteca pública, porque eran entonces inexistentes, y mucho menos a ninguna de las privadas en las que sólo unos pocos nobles y adinerados sevillanos

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUI-
XOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEIAR,
Marques de Gibrleon, Conde de Benalcaçar y Bañares,
Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos

Año,



1604.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.

Vondese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Prueba de impresión del año 1604 de la portadilla de la primera edición de El Quijote, estampada en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta

podrían encontrar las puertas abiertas. Los únicos libros que hubiera podido manejar eran los escolares, alguno prestado, quizás alguna antología y poco más. Son escasas las referencias documentales de estos años, pero mucho menos las que pudieran dejar constancia de sus estudios, continuamente interrumpidos. Así lo reconoce el último de sus biógrafos, Alfredo Alvar, quien afirma, con autoridad, que “la formación de Cervantes fue, como la de tantos, muy desestructurada. Nada de sus estudios se puede constatar documentalmente”. Y rechaza la “invención” de cervantistas ilustres como Astrana y Rodríguez Marín, que “fueron los fabricantes de la vida estudiantil de Cervantes en Córdoba y Sevilla”.

A sus veinte años la familia de Rodrigo Cervantes está ya en Madrid, al calor de la Corte, donde Miguel recibe clases, al parecer, del famoso latinista Juan López de Hoyos durante varios meses. ¿Pero qué pudo aprender en sólo unos meses de asistencia a sus clases? Estos fueron todos sus estudios, digamos “académicos”, porque su gran maestra fue la vida, sin pisar los umbrales de ninguna universidad. Los títulos universitarios no garantizan los conocimientos pero obligan al trato cotidiano con los libros, bien escaso en las familias de agobio económico, como era el caso de los Cervantes de Alcalá. Aunque también es cierto que, para esquivar la dificultad, Alvar sostiene que nuestro escritor tuvo reales suficientes para adquirir unos cientos de libros. Lo que no dice es dónde guardaba esos libros ni los papeles originales de sus escritos.

Porque el “Mapa de los viajes cervantinos” en su madurez resulta envidiable para cualquiera que tenga ambiciones turísticas. Su vida fue un perpetuo deambular por ciudades y paisajes distintos, con escaso equipaje y menos sosiego para escribir. Cruzó el Mediterráneo en varias ocasiones, desde que en 1569 tuvo que huir a Roma, acosado por la Justicia. Sabemos que Cervantes estuvo en Italia durante cinco años (1569-1575), primero como paje de un cardenal y después como soldado alistado en los tercios de Nápoles, participando en la batalla de Lepanto (1571). Pero pocos recordarán que en su obra menciona no sólo a Roma, sino a casi todas las capitales importantes (Venecia, Florencia,

Milán, Bolonia, Génova, Nápoles, Ferrara, Lucca, Parma, Palermo) además de las acogedoras Reggio y Mesina, donde estuvo convaleciente después de Lepanto.

¿Todos estos viajes, envidia de cualquier turista de hoy, los pudo hacer en sólo cinco años de vida cuartelera? Sabemos que, al recuperarse de sus heridas, don Juan de Austria le concedió una paga mensual de tres ducados, insuficiente para tener una vida holgada, rodeado de libros y vagando por los caminos de la península italiana. Sabemos que fue paje del cardenal Acquaviva, pero ¿tuvo allí ocasión para dedicarse a sus lecturas favoritas? ¿Aprendió bien el italiano estando en Roma? Las obras de Ariosto, que tan bien conoce el autor del *Quijote*, las pudo leer en volúmenes sueltos y recopilaciones, en toscano, pero poco más, porque ni tenía tiempo, ni acceso a bibliotecas públicas, tan inexistentes como en España. Por más que un ilustre cervantista haya intentado imaginar una “biblioteca de Cervantes”, no parece probable que la tuviera una persona que no tuvo casa propia hasta sus últimos años, que vivió siempre en posadas, cuarteles o casas de amigos. Una cosa es que citara los libros y otra muy diferente que los poseyera. El mismo Canavaggio, que lo considera “autodidacta”, se pregunta: “¿cuándo pudo saciar esta sed de lectura?” Sin mucha convicción, indica que en Roma y en Nápoles. En última instancia, se pregunta de nuevo: “¿qué leyó? O más bien ¿qué retuvo de sus lecturas?”

Después de Lepanto, ya sabemos de su cautiverio en Argel (1575-1580), lugar que no parece muy propicio para lecturas y escrituras. Los años siguientes son de “pretendiente” en la Corte, sin éxito, hasta que decide casarse por interés, a los treinta y siete años cumplidos, con una joven que iba a cumplir los veinte, Catalina de Salazar, huyendo de la familia de su amante, Ana Franca, mujer casada con la que tiene a su hija Isabel. Abandona pronto el domicilio conyugal en Esquivias, para servir al rey como “juez de comisión” en la requisita de trigo y cebada para la Gran Armada (1587). A principios de 1588 lo encontramos de nuevo en Sevilla, alojado en una pensión de la calle Bayona, junto a la catedral. Otra docena de años recorriendo Andalucía (1588-1600) de aquí para allá, siempre en incómodas posadas, con la maloliente compañía de las caballerizas. Con tanto viaje,

¿dónde guardar los libros? ¿Dónde los pliegos escritos? ¿Dónde los recibos de tanta recaudación?

Quedan cuatro años para que aparezca impresa la genial novela, pero en ellos da con sus huesos en la cárcel por malversación de fondos, en cuatro ocasiones: 1588, 1592, 1594 y 1597, esta última en Sevilla, donde un fantasioso historiador sitúa las primeras páginas del *Quijote*. Llamo fantasioso al insigne Rodríguez Marín porque hay que serlo para imaginar a un preso, manco por más señas, escribiendo en una infecta celda de esa cárcel inmundada, donde no se podía ni respirar aire puro, según cuenta un padre jesuita que la describe con los más negros tintes de incomodidad, suciedad y peleas de valentones. No. Cervantes no pudo escribir una sola línea en ese antro del hampa sevillana. Lamento disentir de esa tradición sin fundamento, en que se basa la lápida recordatoria en la calle de la Sierpe, descubierta por los académicos sevillanos en la fachada de la antigua cárcel. Lo único que se puede admitir es que en ese hacinamiento de rufianes, el preso poeta idease los primeros capítulos del *Quijote*, pero nunca el asir la pluma para redactar una sola página. Vienen a confirmar esta opinión las palabras de Canavaggio sobre la prisión sevillana, de la que dice que era: "un verdadero monstruo, donde residían de forma permanente casi dos mil detenidos, es decir, una capacidad de acogida superior a la que ofrecía el conjunto de los demás establecimientos de la península, Madrid incluido".

Puesto en libertad, el ilustre prisionero llega a ver el regio catafalco levantado en la catedral sevillana para las honras fúnebres del rey Felipe II, fallecido en El Escorial el 13 de septiembre de 1598, casi al mismo tiempo que moría en Sevilla su gran protegido Arias Montano. Lo demuestra en el famoso soneto con estrambote que incluye en el *Viaje del Parnaso*, considerándolo "el principal honor de sus escritos", aquél que comienza: "¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza/ y que diera un doblón por describilla!". Sí, Miguel de Cervantes estuvo en Sevilla durante varios años, pero sin destacar en ella ni como poeta ni como novelista. Era, para los sevillanos de entonces, más que un mediocre poeta madrileño, un recaudador molesto, del que se huía, con el sambenito de sus desfalcos y de sus meses en prisión.

En el año 1600, último de su estancia en Sevilla, se afirma que posó para un jovencísimo Juan de Jáuregui, autor del supuesto retrato que preside la Real Academia Española. Pero, al estudiar la polémica sobre este retrato, suscitada por varios cervantistas de comienzos del siglo XX, entre los que se encuentran Narciso Sentenach, el marqués de Camarasa, Rodríguez Marín, Aurelio Baig, Alejandro Pidal y otros, me quedo con la conclusión de Julio Puyol (1917), de que “el retrato no es más que una superchería manifiesta”. Los argumentos en pro y en contra son serios, pero no han tenido consecuencias prácticas. Sin embargo, soy de parecer que esa figura de caballero adusto no puede ser la de nuestro Cervantes, recién salido de la cárcel, de mala reputación y estrecheces económicas, a quien se digna retratar, según la tradición, un noble aprendiz de pintura, de muy buena familia sevillana, pero joven de sólo 17 años. No. Ni ese cuadro es de Jáuregui, ni el retratado puede ser Miguel de Cervantes, que todavía no había escrito el *Quijote*.

Ese mismo año abandona Sevilla y vuelve a Esquivias, con escapadas a Madrid, y después a Valladolid. En todo caso, después de la publicación del *Quijote*, se instala en Madrid, primero detrás del Hospital de Antón Martín, por dos veces en la calle Magdalena, después en la calle Huertas, y finalmente en la calle Francos (hoy Cervantes), esquina a la calle León, con su esposa y una criada. A pesar de los constantes cambios de domicilio, son años de más tranquilidad, en los que pudo escribir con cierto sosiego la segunda parte de la novela. Pero ¿qué decir de la primera? Tuvo que ser escrita durante los años de recaudador en Andalucía, insultado por los vecinos, perseguido por la justicia, encarcelado, sin casa propia, viviendo en malolientes posadas. ¿No es motivo suficiente para la duda? No es mi deseo rebajar la categoría social y moral del novelista, pero cuanto digo está escrito y documentado por sus numerosos biógrafos. La suya fue un “desastre de vida”, como sentencia Alfredo Alvar en su *Cervantes*.

Si nuestro Miguel de Cervantes fuese realmente el autor de la novela habría que añadir al merecido título de “Príncipe de los Ingenios Españoles” el no menos honroso de “Señor de los milagros”. Porque milagro, y no pequeño, es conservar en la

memoria los nombres de todos los personajes que cita, sin tener biblioteca propia, ni mesa de trabajo, ni armario para guardar sus manuscritos, sin reales para comprar tanto papel, pluma y tinta, sin unos meses de tranquilidad para escribir, siempre de acá para allá, entre espadachines, truhanes y mozas de partido. Sin estudios superiores, sin acceso a más bibliotecas que las de los amigos, ¿cómo consiguió escribir la mejor novela de todos los tiempos, en el mejor español del Siglo de Oro, maestro de la lengua, de la fabulación, de la sátira más fina de la sociedad de su tiempo? Escaso de tiempo y de comodidades, falto de la mano izquierda, sin más posibilidades que la facilidad de su pluma y el precioso baúl de sus recuerdos... ¿Cómo conciliar vida y trabajo?

Pero hay bastante más. Hay quien piensa que para escribir una novela sólo se necesita mucha imaginación y soltura con la pluma. Pero este no es el caso, ya que el *Quijote* es un compendio de sabiduría, no aprendida precisamente en las calles ni en las mazmorras. El autor no se vale solamente de su imaginación, sino que vuelca en su obra unos conocimientos que ya quería para sí el mejor de los humanistas españoles del Siglo de Oro. ¡Qué prodigio de memoria, qué formación erudita, sin un mal apoyo de notas o apuntes! Quienquiera que fuese el novelista, cita en su obra a todos los escritores importantes, tanto de la antigüedad (Hipócrates, Aristóteles, Platón, Homero, Polidoro, Jenofonte, Solón, Pausanias, Plutarco, Cicerón, Ovidio, Virgilio, Juvenal, Marcial, Tibulo, Terencio) como del renacimiento español (Boscán, Garcilaso, Montemayor, Ercilla, Cetina, Jáuregui, Gil Polo, Laguna, Virués, incluso Marco Polo, el viajero italiano traducido por el fundador de la Universidad de Sevilla). Nunca a humo de pajas, sino sabiendo lo que decía.

Los libros de caballerías no tienen secretos para él: los ha leído todos y sabe los nombres, carácter y comportamiento de todos los personajes, desde Amadís de Gaula y Belianís de Grecia hasta todos los Palmerines, pasando por Tirant lo Blanc, Felixmarte de Hircania y el Orlando de Ariosto. Conoce la *Eneida* y la *Odisea* tanto como *La fingida Arcadia*, *Bernardo del Carpio*, *La Araucana*, *La Diana* y *El lazarillo de Tormes*. No hay que resaltar su conocimiento de la mitología antigua, ya que las le-

yendas mitológicas son la base cultural de cualquier escritor del Renacimiento. Lo mismo cabe decir de las leyendas artúricas y la historia de Grecia y Roma, a las que alude con frecuencia, como la historia de España, desde el rebelde Viriato y el visigodo rey Wamba. ¿Cómo no dudar, sin una respetuosa prevención, de que Cervantes, el viajero impenitente, desgraciado en vida y en amores, sin un mal escritorio, pueda ser el verdadero autor de la enciclopédica novela?

Empleando la ironía, quizás pudiera ser “obra de encantamiento”, como insinúa seriamente el caballero loco: “Yo te aseguro, Sancho, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia”. Esto lo dice en el capítulo segundo de la segunda parte, uno de los más sustanciosos en cuanto a la autoría, ya que aquí se atribuye el manuscrito a Cide Hamete Benengeli, “nombre de moro”, según rápida sentencia del caballero, del cual, quedando pensativo, dice de la novela: “desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide; y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas”. Malos recuerdos tenía el soldado Miguel de los turcos de Lepanto y de los berberiscos de Argelia.

Que el creador del *Quijote* fuese el mismo que compuso *La Galatea* (impresa en 1585) es tema que aparece en el famoso escrutinio de la biblioteca de don Alonso Quijano, en el capítulo primero de la Primera parte del *Quijote*, el cual distanciándose del novelista-relator, se refiere a “ese Cervantes”, autor de *La Galatea*: “Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega”. La verdad es que esa misericordia, con tanta humildad demandada, le llegó de inmediato, en compañía de la Fama, a las pocas horas de la primera edición del *Quijote*. Ironía por ironía: ¿se señalaba con el dedo a sí mismo, destacando en el escrutinio a su querida *Galatea*? Miguel de Cervantes, el hijo del malaventurado cirujano y sangrador de Alcalá, ¿fue realmente el verdadero autor de esta “novelada” historia?

Armando Cotarelo, venerable erudito, compiló las lecturas de Cervantes, que suman 429 títulos. “Imposible que leyera tanto”, respondió con arrogancia no exenta de sensatez, otro erudito, González de Amezúa, en 1956. ¿Cómo no dudar de esas posibles lecturas? Lo normal es la duda. Pero ya antes, en su discurso del centenario (1905) en la Universidad Central de Madrid, Menéndez Pelayo había dejado claro “que Cervantes fue hombre de mucha lectura; no podrá negarlo quien haya tenido trato familiar con sus obras”, añadiendo que “todas las obras de Cervantes prueban una cultura muy sólida y un admirable buen sentido”. Don Marcelino no supo decir dónde ni cómo Cervantes adquirió esa inmensa capacidad de conocimientos que se encierran en la inmortal novela. Si en lugar de “Cervantes” el ilustre académico y catedrático, hubiera escrito “el autor del *Quijote*”, no habría nada que objetar. Pero ni por un momento puso en duda que lo fuese el nacido en Alcalá, como tampoco lo dudaban los ilustres y numerosos académicos de Buenas Letras que aquí ocuparon largas horas de conversaciones y disputas con el sabio santanderino sobre Cervantes y sus obras.

Contra lo dicho por algunos críticos románticos, el autor del *Quijote* no fue un genio individual y aislado, sino que, como todo escritor, tiene sus “fuentes literarias”, que no son pocas, según ha demostrado el gran cervantista sevillano Francisco Márquez Villanueva. Menéndez Pelayo tenía razón. Toda la cultura antigua y renacentista está volcada en sus libros. ¿Pero, cómo lo consiguió? Si Juan de Valdés, insigne humanista castellano del siglo XVI, de vida sosegada y buena biblioteca en el recogimiento de su casa, confiesa que tardó diez años en leer *todos* los libros de caballerías ¿cómo admitir que en menos tiempo y con menos sosiego lo hiciera el manco de Lepanto? ¿Qué misterio encierra el llamado “enigma” Cervantes?

A mayor abundamiento, ¿cómo se puede compaginar el soterrado erasmismo y aun el indisimulado anticlericalismo del autor del *Quijote*, la vida pendenciera, pecadora y a veces fraudulenta del escritor perseguido por la ley y excomulgado por la Iglesia, con las piadosas decisiones del Miguel de Cervantes Saavedra que en 1609 ingresa en la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento de Madrid y en 1613 en la Orden Ter-

cera de San Francisco, con cuyo hábito es sepultado? Muere en su cama de Madrid el 22 de abril de 1616, después de aquella desgarradora dedicatoria de su obra póstuma, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, donde se despidió de la vida y de su protector, el conde de Lemos. Obra cuyo argumento, según las más recientes investigaciones (Carlos Romero), pudo ser concebido por los mismos años de la ‘idea quijotesca’ es decir, en Sevilla. Con esta ampliación resulta más incomprensible la prodigiosa memoria de Cervantes, que esboza en Sevilla las dos obras más importantes de su vida, sin contar con el más mínimo soporte erudito, entre los barrotes de una prisión y en tan poco edificantes compañías. Por todo ello, la duda permanece y el *milagro cervantino* se agiganta, pero el ánimo se encoge ante la osadía de negarle a Cervantes la autoría del *Quijote*.

Sin embargo de todo lo dicho, cualquiera puede resolver las dudas sólo con leer los privilegios reales, necesarios entonces para poder publicar la novela. El de 1604 para la Primera parte comienza: “Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes, nos fue hecha relación que havíades compuesto un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de La Mancha*, el cual os había costado mucho trabajo...”. En la Segunda, fechado en marzo de 1615, se dice: “Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes Saavedra, nos fue hecha relación que havíades compuesto la *Segunda Parte de don Quijote de la Mancha*, por ser libro de historia agradable y honesta, y haberos costado mucho trabajo y estudio...”. Nótese que en ambas ocasiones se insiste en el “trabajo y estudio” que le había costado la novela (“historia agradable”) al autor, se supone que en la soledad de una alcoba atestada de libros, algo que, según hemos visto, no se compadece mucho con la ajetreada vida del novelista. Imaginemos alguna salida al laberinto, sólo como hipótesis.

¿No podrían ser coetáneos dos personajes castellanos con los mismos nombres y apellidos? Lo insinúa también su biógrafo Canavaggio: “tal vez llegue un día en que se descubra que hubo dos Miguel de Cervantes”. ¿Acaso sería el Miguel alcaláino el mediocre poeta que da la cara por otro personaje escondido a su sombra? ¿Quién podría esconderse tras el soldado nacido en Alcalá de Henares, de identidad tan documentada pero de vida

tan incongruente con la que se perfila en el novelista? ¿Quién le ofreció la gloria de ser, ante todos, el creador de Don Quijote? ¿A cambio de qué? No hay respuesta a tanta pregunta. Sólo imaginaciones sin fundamento documental. Pero nadie, en su sano juicio, podría negar hoy por hoy esa autoría, avalada por los privilegios reales y tan reconocida mundialmente.

Confieso mi desmedida osadía a la vez que mi admiración por ese fabulador de las mejores páginas de nuestra literatura, que se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra, el manco de Lepanto, que supo como nadie escudriñar en la locura de la vida. Porque en este mundo de locos, sólo es cuerdo el enajenado Alonso Quijano. La única respuesta a tanta pregunta insidiosa no es otra que la del humilde reconocimiento de ese 'milagro' literario que es el de haber conquistado la cima de la gloria a pesar de tantos inconvenientes, luchando contra tantas adversidades, en unos ambientes tan poco propicios para la creación y redacción de las mejores páginas de la literatura española. Aunque no sería justo si la gloria que reclamo para el *Quijote* no la reclamara, cuadruplicada, para su autor, el enigmático Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo cerebro fue fábrica de sueños, pero también centro neurálgico de una memoria sin igual y de una razón crítica aplaudida como la mejor aportación de España a la cultura universal.

Quiero, con estas palabras de tembloroso atrevimiento, recordar al sabio maestro, al convencido cervantista, al cordial universitario que fue ese catedrático catalán, Francisco López Estrada, cuya fonética no se dejó contaminar con el habla andaluza, a pesar de haberse casado con una malagueña y de haber vivido en Sevilla gran parte de su vida. Don Francisco, como todos le llamábamos, nunca hubiera escrito estas páginas, pero sí le hubiera gustado leerlas y discutir las, porque nunca hacía ascos a los problemas literarios. Hoy las hago públicas, en homenaje a su recuerdo, a su honestidad de trabajador infatigable, de cervantista convencido de la grandeza filosófica y pureza lingüística de Miguel de Cervantes. Aunque don Francisco era medievalista reconocido en el hispanismo internacional, no descuidó otras parcelas de la literatura, como puede comprobarse en su amplia bibliografía. Sobre Cervantes escribió una decena de trabajos, pero su gran pasión fueron las novelas pastoriles, cuyo catálogo

terminó en 1984. Son inmejorables sus ediciones de *La Diana* de Montemayor, la de *El abencerraje*, y sobre todo la mejor que existe de *La Galatea* (1948).

Mi vida se cruzó con la suya a finales de los años 50. Como no había entonces en la universidad sevillana especialidad en Filología, hube de ir a Madrid, donde completé mis estudios y escribí mi tesis de licenciatura, bajo la dirección de Dámaso Alonso, que me había orientado hacia la poesía modernista como tema de investigación. Terminada la carrera, deseaba seguir con el doctorado, pero al lado de mi familia, en Sevilla, lo que conseguí, aunque hube de volver después a Madrid para recibir el grado, como exigía la ley vigente. Con carta de recomendación de Dámaso Alonso a su también discípulo López Estrada, entré en su despacho y le pedí que me ayudara a escoger el tema de mi tesis.

En esos momentos, la cátedra de don Francisco contaba como ayudantes con dos profesores de valía, que llegaron con el tiempo a tener un merecidísimo lugar entre los sevillanos ilustres. Francisco Márquez Villanueva, sevillano, de Santa Paula, de la misma edad que yo, cuya biografía dio muy pronto un giro radical, al dejar Sevilla para trasladarse a los Estados Unidos de América, donde a base de inteligencia y esfuerzo consiguió una cátedra de español en la universidad de Harvard, la primera del mundo. Hoy es considerado uno de los más importantes cervantistas vivos, merecedor de un reconocimiento explícito de Sevilla, cuyo nombre ha dejado en tan buen lugar. Si López Estrada merece un recuerdo en el callejero hispalense, tan saturado de políticos, creo que con más motivo es digno de tal honor el sevillano Márquez Villanueva. La segunda persona con que contaba la cátedra era Julia Uceda, miembro de esta Academia y galaronada poetisa. Julia, cercana a todos, trataba a los estudiantes más como amigos que como alumnos. Con ambos me llevé de maravilla cuando don Francisco, como director de mi tesis, me nombró ayudante de clases prácticas.

Aquí pasé cuatro años de mi vida universitaria, como doctorando, cuando la Facultad de Filosofía y Letras, ya en la Fábrica de Tabacos, era una verdadera y entrañable familia. Debo reconocer que el perspicaz catedrático pronto conoció mis apti-

tudes y me hizo cambiar la filología por la historia. Me abrió las puertas de esta Academia y dirigió mis investigaciones con esa minuciosidad de que siempre hizo gala. De él aprendí la importancia de la documentación, me enseñó a redactar una tesis, con sus notas y bibliografía, a ‘cortar y pegar’ cuando era impensable la comodidad del ordenador y de las bases de datos. Tuve que leer la tesis en Madrid, pero el birrete de doctor me lo impuso poco después el rector de Sevilla en un acto solemne que, según creo, fue la última vez que se celebró en nuestra Universidad.

Así que, gracias a don Francisco, fui el historiador de Buenas Letras, de la Universidad y después de la ciudad de Sevilla en el siglo XVIII. En ayuda de mi cambio profesional, pasando de la crítica literaria a la realidad de la historia, viene el sabio caballero andante, en una página de la novela, en la que se puede leer el elogio de la Historia, la cual, dice Don Quijote, debe contar las cosas “como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna”, porque “uno es escribir como poeta y otro como historiador”, algo sublime para el falso loco de La Mancha, ya que, según afirma, “la historia es como cosa sagrada”. En calidad de tal, y también a propuesta del mismo López Estrada, esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras tuvo a bien, sin haberlo yo solicitado, concederme el honor de una plaza de Número en noviembre de 1963. Esto solamente habría bastado para que me sumara con enorme satisfacción a esta sesión de homenaje académico a quien fue mi maestro y mi amigo durante medio siglo.